

SEIJUN SUZUKI. MARCADO POR EL CRIMEN

Rompiendo las reglas

Si hay un cineasta japonés que representa la máxima expresión de la creatividad y libertad formal que la Serie B puede otorgar –y quitar- a quienes se ven atrapados en sus redes, ése es Seijun Suzuki (1923-2017). Durante las décadas de los 50 y 60 Suzuki trabajó a ritmo endiablado para la productora Nikkatsu, especializándose en películas de bajo coste y géneros populares, programa B de los estrenos del momento. Tras comenzar como ayudante para otros nombres de la casa, en 1956 realizaría su primer film como director, *Victory is Mine (Minato no kanpai: Shori o Waga Te ni)*, historia ligera de amor y gánsters perteneciente al género del *Kayo-eiga*, dirigido al público juvenil y basado en éxitos de la música pop. Sería el primero de los 39 que rodaría para Nikkatsu. Pero es *Underworld Beauty (Ankokugai no bijo)*, 1958), su tercera película y primera firmada como Seijun Suzuki –su verdadero nombre era Seitaro- la que supondría su debut dentro del cine *yakuza*, al que permanecería ya siempre unido pese a incursiones tan memorables en otros géneros como *Gate of Flesh (Nikutai no mon)*, 1964), adaptación de la descarnada novela erótica de Taijiro Tamura, padre de la *Nikutai Bungaku* (literatura de la carne).

Pese al éxito, Suzuki se aburría. Las fórmulas repetitivas y fijas del género encorsetaban una imaginación permanentemente necesitada de jugar con los límites narrativos. El cambio empieza a operarse en *Youth of the Beast (Yaju no seishun)*, 1963), *Cosecha roja* a la *yakuza* con su actor fetiche, Jo Shishido -el hombre de los pómulos imposibles-, a la que seguiría *The Bastard (Akutaro)*, 1963), melodrama juvenil de época que deriva en toques oníricos y trágico erotismo. Primera colaboración con su director artístico habitual, Takeo Kimura, éste desvela a Suzuki el infinito poder del cine como ilusión. Es el comienzo de sus problemas con Kyusaku Hori, conservador presidente de Nikkatsu, a quien los excesos del director molestan, llamándole a una mayor contención y adhesión a los principios de la casa: narración ordenada, sencilla y clara. La respuesta de Suzuki es *Tokyo Drifter (Tokyo nagaremono)*, 1966), delirio *yakuza* lleno de color, música y violencia estilizada que saca al género de sus rutinas habituales para elevarlo a una categoría comparable a la del mejor *spaghetti western* o el más desaforado *giallo*, anteponiendo la experiencia estética y formal a los tópicos argumentales, y convirtiendo

personajes y situaciones manidas en delirantes *set-pieces* que, llenas de humor, rozan el absurdo. Castigado, se ve obligado a rodar el siguiente film en blanco y negro, respondiendo con su obra maestra, *Branded to Kill* (*Koroshi no rakuin*, 1967). Realizada al tiempo que *A quemarropa* (*Point Blank*, John Boorman, 1967) y *El silencio de un hombre* (*Le samourai*, J-P Melville, 1967), como éstas propone y lleva a cabo una salvaje operación de deconstrucción formal del *noir* que alcanza alturas de verdadero delirio pop, pesadilla surrealista y reflexión meta-fílmica evidenciando, pese a surgir de las entrañas mismas de la Serie B más pelona y el más descarado género popular, su proximidad a los Nuevos Cines.

Branded to Kill (*Marcado para matar* en español) marcaría también casi de muerte a su director, que condenado al ostracismo y atrapado en una demanda contra Nikkatsu durante más de una década, se vio reducido a trabajar para televisión. Sólo sería recuperado en los 90 cuando Tarantino, Jarmusch, Kitano o Wong Kar-wai hicieran público elogio de sus películas, finalmente editadas en todo el mundo, incluyendo España, donde el Festival de Gijón le dedicara retrospectiva y libro en 2001, año que vería su penúltimo film, *Pistol Opera*, reelaboración hipermoderna de *Branded to Kill* a la cual sólo seguiría ya la fantasía musical *Princess Raccoon* (*Operetta tanuki gotten*, 2005). En Gijón tuve oportunidad de conocerle y allí, con humildad oriental no exenta de la ironía propia del artesano de Serie B que se sabe mucho más que eso, me dijo: “No entiendo a qué viene tanto alboroto. Sólo soy un viejo que hacía películas de *yakuzas*”. Nada más.

Jesús Palacios